

---

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

*Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*

Madrid, Taurus, 2001, 684 p.

El problema de los nacionalismos es un tema envenenado porque, aunque algunos teóricos crean que las nacionalidades pueden ser analizadas como «artefactos culturales inventados» (Eric Hobsbawn), el apasionamiento, la fuerza y la vigencia de los mitos nacionales se sitúa con frecuencia por encima de la lógica intelectual o racional. El abanico de posibilidades es amplísimo: algunos parten de las identidades como realidades naturales; otros niegan el carácter espontáneo y advierten que son creaciones culturales artificiales promovidas por grupos de intereses políticos, e incluso los hay dispuestos a seguir en sus trece a pesar de las evidentes pruebas de invención o de falsificación.

Entre nosotros, la oleada de estudios sobre el nacionalismo se ha centrado habitualmente en las identidades periféricas (en lo que se ha denominado «estados sin nación»). Para salvar esta laguna conceptual, el profesor Álvarez Junco ofrece una interpretación global y sintética de la identidad española en el siglo XIX, del moderno proceso de construcción de España y de lo español. En un gesto de sinceridad, el autor confiesa su identificación con los enfoques instrumentalistas y desacralizados del nacionalismo, e incluso admite su perspectiva española, «lo que en buena medida quiere decir madrileña» (p. 23). El autor parte de que el sentimiento nacionalista es respetable, pero que conviene relativizarlo, distanciarlo y desacralizarlo. El libro responde al deseo de entender el problema de la nacionalización de la cultura española en el siglo XIX sin agraviar a los contendientes.

Los europeos del siglo XIX son los grandes protagonistas de la historia ya que en este siglo se completan los distintos procesos de construcción nacional: cada una de las colectividades —digamos— privilegiadas se va concretando en un marco político y en una nación moderna. La herencia del XVIII resultaría fundamental,



porque la idea moderna de nación comienza con la Revolución Francesa y se nutre del impulso de Rousseau y de los fundadores de la teoría democrática del alma común y la soberanía popular. Y, complementariamente, Herder y los románticos alemanes ponen en circulación la idea de que cada pueblo tiene un alma histórica que inspira su peculiar manera de ser y que alcanza su más cálida expresión en la grandes obras de arte nacionales. El caso español es paralelo pero singular al mismo tiempo, como puede apreciarse en toda la serie de etapas y detalles del voluminoso libro de Álvarez Junco. Desde la segunda mitad del siglo XVIII las élites reformistas e ilustradas, con la seguridad y confianza que les otorgaba el apoyo regio, iniciaron un moderno proyecto de identidad nacional y de reelaboración de la cultura en términos nacionales: en colisión con la anterior identidad contrarreformista, los Borbones renovaron los símbolos (bandera, himno) destinados a representar el Estado para propiciar la adhesión sentimental de los súbditos. La continuidad de los siglos XVIII y XIX en el proyecto de construcción de la identidad nacional es ahora una constatación fundamental: sería erróneo pensar que el XIX rompió de manera radical con la herencia de los ilustrados del XVIII que habían realizado el papel de «paladines de ese nacionalismo emergente» (según Fernández Sebastián).

La sublevación de 1808 puso en marcha los motores del nacionalismo español contemporáneo. La canonización del conflicto como Guerra de la Independencia conformó un mito casi perfecto que permitiría a los liberales insistir en el dogma de la soberanía popular, y a los conservadores presentarla como prueba de fidelidad a la tradición y al espíritu religioso. No es casual que Galdós iniciara la primera serie de los *Episodios nacionales* (aparecidos entre 1873 y 1875) analizando los antecedentes y el desarrollo de una guerra que se constituiría en hito fundamental de la España contemporánea. Pero la satisfacción no se tradujo en esfuerzo responsable por educar a las masas. Se daba tan por supuesto la existencia del concepto de nación española que no se hicieron esfuerzos por cultivar el sentimiento nacional.

Mirado desde una amplia perspectiva, el proceso de construcción del nacionalismo español es discontinuo, intrincado y alternativo, jalonado por los titubeos y las escisiones. En las primeras décadas del XIX fue una tarea llevada a cabo por liberales y progresistas que radicalizan el proyecto de construcción nacional y, al mismo tiempo, movidos por el deseo de progreso, se proponen erradicar creencias e instituciones tradicionales que consideran obstáculos para su plan modernizador. Aunque en el camino ganan el apoyo del sector militar sacudido por la guerra contra el francés, pierden el apoyo del rey y el de la opinión pública. Por ello, no es de extrañar que, en principio, las fuerzas conservadoras observen el plan con indiferencia, recelo e incluso oposición, pues, para ellos el sentido tradicional del poder estaba basado en la legitimidad dinástica y en la defensa del catolicismo. Lo

nacional aparecía como sospechoso de laicismo, democracia y revolución. De ahí que las convulsiones, los pronunciamientos, las guerras carlistas, el reaccionarismo y el anticlericalismo que recorren todo el siglo XIX se traduzcan en una vacilante fase de construcción de la identidad nacional.

A medida que avanza la segunda mitad del siglo XIX, los círculos conservadores, definidos más por la defensa de la religión que por su adhesión al Estado, comienzan a prestar su apoyo al concepto de nación, claro que, a cambio de una importante cesión de la identidad española en pro del catolicismo (idea fundamental para entender lo que se ha denominado nacional-catolicismo). Merced a este trasvase ideológico, se explica que las tropas liberales o isabelinas se presentaran como «nacionales» y que un siglo más tarde la derecha sublevada eligiera la denominación de «bando nacional». De esta manera, la idea de nación fue aceptada paulatinamente en los ambientes conservadores: Böhl de Faber, el duque de Rivas en su madurez, Fernán Caballero y José Zorrilla difundieron una concepción del nacionalismo español caracterizado por la imagen de catolicidad. Este último lo expresó magistralmente al afirmar: «...la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo».

Al iniciarse la década de los 60 parecía haber llegado el momento de la reconciliación entre la Iglesia y el liberalismo moderado. La guerra con Marruecos hizo confluír el nacionalismo liberal con el católico, pero la reinterpretación de la historia de España y las discrepancias sobre el pasado fueron los nuevos obstáculos que dificultaron el proceso unitario de construcción nacional. La unidad católica, la libertad de cultos, la expulsión de judíos y moriscos, el papel de la Inquisición y la polémica sobre la ciencia española, todo fue analizado con apasionamiento o imparcialidad. Los historiadores liberales (José Antonio Conde, José Rodríguez de Castro, Adolfo de Castro) reivindican el pasado multirreligioso y cuestionan los modos y los resultados del catolicismo; al mismo tiempo difunden gozosos el espíritu fuerista de las cortes medievales, las ansias de libertad y el clima de convivencia entre las distintas culturas. En cambio, los historiadores conservadores (Antonio Cavanilles, Francisco Belmar, Amador de los Ríos, Ferrer de Couto, Monreal y Ascaso, Sánchez y Casado, Orodea e Ibarra, Vicente de la Fuente, Manuel de Merry) ofrecen un panorama radicalmente distinto. Mientras unos ensalzan el liberalismo de los Borbones dieciochescos, los otros odian las innovaciones y el espíritu de modernidad de la Ilustración, por citar un ejemplo.

A partir de 1868 el gran debate intelectual (y constitucional) giró en torno a la relación entre el Estado y el catolicismo y, más en concreto, en torno a la libertad religiosa. Si bien los reaccionarios de la primera mitad del XIX (Barruel, Alvarado, Donoso) habían desconfiado del concepto de nación porque lo asociaban al



desvalijamiento de la soberanía de los monarcas, ahora, hacia 1871 y 1872, comienza a ser evidente el vínculo que une el conservadurismo con el espíritu de la nación (especialmente porque la Internacional encarna el espíritu del mal). Entre 1881 y 1892 se conmemoran los centenarios de Calderón, Murillo, Santa Teresa, Recaredo y el descubrimiento de América. Con la celebración de estas fiestas religiosas y patrióticas, el catolicismo se apropia de la idea de nación: festejando lo que las razones políticas aconsejan y contraponiendo efemérides españolas y católicas a los aires de modernidad, revolución y materialismo, se logra la fusión perfecta entre catolicismo y nacionalismo. En el centenario de Calderón sobresale de forma notoria un joven catedrático que en 1876 ya había polemizado con José del Perojo y Manuel de la Revilla acerca del binomio Inquisición y ciencia. En sólo un lustro Marcelino Menéndez y Pelayo se ha convertido en el paladín del pensamiento católico español. Él es el campeón del nacional-catolicismo, el responsable de dar forma intelectual a esta idea (gestada desde los años de la polémica calderoniana) de que España posee una personalidad propia y nacional, singular con respecto al resto de Europa, identificada con el catolicismo, con el esplendor de los Reyes Católicos y los Habsburgo y fusionada con el mundo estético del Barroco. Por lo tanto, lo español se asocia románticamente con catolicismo, tradición y cultura barroca, mientras que los Borbones y la Ilustración son responsables de la decadencia y la distorsión por haber introducido todo un nuevo sistema de ciencias, modas y modelos literarios extranjeros (de imposible asimilación por el organismo patrio). Por fin, al cabo de cincuenta años de búsqueda (Böhl, Balmes, los neocatólicos), la España conservadora había encontrado la formulación nacionalista de Menéndez Pelayo (cuya idea de la anti-España sería fundamental para entender las consecuencias del modelo explicativo nacional-católico).

Sin embargo, tras un siglo de construcción de la identidad nacional, no había motivo para el optimismo. En un país de fuertes contrastes territoriales, poco estable y privado de recursos era difícil un plan de articulación de servicios e integración de sus territorios: en la forma oficial el centralismo estatal existía repleto de competencias y proyectos; en la vida real era notoria la fragmentación, el localismo caciquil y el comarcalismo fragmentador. Los principales focos irradiadores de socialización y unificación cultural (escuela, ejército y símbolos) eran ineficaces o creaban sentimientos de repulsa. La comparación con el país vecino es demoledora. Por ello, Álvarez Junco cree que la *Mater dolorosa* del imaginario católico es la que mejor define a la patria española, cuyo crecimiento no tenía vigor ni convicción. Los cuarenta y seis *episodios* que Galdós dedicara a analizar el crecimiento de una nación reflejan, en realidad, el hábito de la sinrazón y la falta de entusiasmo por la *rex publica*. Cánovas lo definió perfectamente al musitar que «son españoles ... los que no pueden ser otra cosa». El desastre del 98 sacudió la apatía y

la somnolencia de los españoles y evidenció la falta de un proyecto de futuro. Para corregir esta tendencia, en 1900 se crea el Ministerio de Instrucción Pública, cuya tarea era la de «crear la nación, educar españoles» (según escribió Vicente Gay), y poco después nacería el Centro de Estudios Históricos, que debería indagar en la esencia de la nación. El Estado promueve centenarios (de la Guerra de la Independencia, del *Quijote*, de Larra) para recuperar el terreno perdido en el siglo anterior, pero la solución llega tarde porque las nuevas corrientes de pensamiento, el internacionalismo obrerista y la construcción de las identidades periféricas, son en parte incompatibles con la idea de un nacionalismo español.

Los nacionalismos periféricos, que se habían iniciado en la era romántica para reivindicar los elementos etnográficos y lingüísticos, acabarían dando paso a movimientos de corte secesionista. Las acentuadas diferencias en el modelo de desarrollo económico son las que generan las verdaderas tensiones territoriales, ya que en las zonas más desarrolladas (Barcelona y Bilbao) faltaban centros de decisión política, y Madrid sólo rendía culto a la propia ciudad. La *intelligentsia* catalana y vasca comenzó entonces a construir decididamente una alternativa nacional. La finalidad antiseparatista y la defensa del Estado convirtieron entonces al nacionalismo español en un movimiento cercano al reaccionarismo y proclive a la amenaza militar. En efecto, a estas alturas del proceso, los elementos jacobinos y liberales del nacionalismo español de principios del XIX pertenecían ya al pasado. Buena prueba de ello es que los militares decimonónicos conspiraron para implantar constituciones y los militares del siglo XX se sublevaron contra los regímenes constitucionales invocando la unidad de la patria.

Todo este trayecto político, literario y artístico es el que recoge el libro de Álvarez Junco. El estudioso de la literatura encontrará perfectamente articulada la contribución de los literatos, historiadores de la literatura y artistas españoles a la construcción de la identidad nacional. Es fundamental la acción de poetas como José Zorrilla e historiadores como Modesto Lafuente, que elaboran mitos patrióticos aceptables para la mayoría de la nación, para las escuelas, los manuales y los jóvenes. Pero las casi setecientas páginas del libro de Álvarez Junco nos zambullen en un océano de enorme interés, en el que navegan los ecosistemas de la religión, el nacionalismo, los sueños imperiales o el constitucionalismo. Los tres primero se atraen con frecuencia y viajan fácilmente amalgamados. Es evidente, según Álvarez Junco, que la construcción del nacionalismo español ha sido contradictoria y ha seguido movimientos en zigzag en los que se evidencia la falta de unidad y de dirección inequívoca. Y especialmente fue decisivo el desastre del 98 porque el nacionalismo del siglo XIX arrastraba un sueño imperialista importante. Sin embargo, también podríamos afirmar que con todas las circunstancias a su favor perdió la partida: monarca, clase política, presupuestos del Estado, intelectuales orgánicos,



artistas y cuatrocientos años de unidad estatal no son circunstancias imparciales o desdeñables, aun a pesar de no ser operantes al cien por cien. Se podrá justificar el fracaso con la excusa de la pluralidad de discursos, pero en el caso de los nacionalismos periféricos tampoco fueron unánimes los sentimientos políticos. El nacionalismo catalán se construye paralelamente y es tan complejo como el español: en el periodo fundamental de gestación toma materiales del federalismo de Almirall y del tradicionalismo de Torras, para llegar a la síntesis de Prat de la Riba. Otros nacionalismos pueden tomar como punto de partida algún juego de ingeniería cultural y, sin embargo, prosperan. ¿Por qué?

La respuesta no es sencilla porque los materiales no son siempre los mismos. ¿Con quién nos identificamos de corazón? ¿Con quienes comparten el mismo signo constitucional o el mismo territorio legal? ¿Con quienes hablan nuestra misma lengua o comparten nuestro credo? Es evidente que el proyecto de construcción nacional, en el caso español, es un rompecabezas multilingüe y, por ello, doblemente complejo y contradictorio: la identidad puede ser puesta en tela de juicio en cualquier momento por parte de otros nacionalismos basados en la identidad lingüística. Fácilmente pueden surgir los dilemas, las precisiones, los recortes, las rivalidades y las exclusiones entre los distintos territorios peninsulares. Todo es cuestión de proponérselo. Las culturas nacionales que se construyen desde la autocrítica permanente o desde la heterogeneidad están condenadas a arrastrar *in aeternum* un lastre en la construcción de su identidad. Otras culturas se basan en el discurso único, la homogeneidad lingüística, la inflexibilidad y el espíritu de búnker. En el fondo, unos y otros son conscientes de que el multilingüismo y la cohesión son piezas difíciles de encajar. Y esta es la gran diferencia del caso español, en el que las lenguas periféricas actúan como palancas movilizadoras del nacionalismo alternativo.

La política de homogeneización de los Borbones resultó fallida. En opinión de Álvarez Junco, la causa principal fue la debilidad del Estado a la hora de aplicar una política decidida de uniformización. Sin embargo, también cabría preguntarse si tal empresa fue imposible porque eran muy difíciles de borrar unas lenguas y unos sentimientos diferenciales ampliamente arraigados. En todo caso, hoy podemos aceptar la lección de la historia para saber que la mejor manera de viajar juntos es la de asumir las diferencias y la de buscar un proyecto de futuro democrático común.

RICARDO RODRIGO MANCHO  
*Universitat de València*

